

La traducción como metáfora

[FIGURAS REVISTA ACADÉMICA DE INVESTIGACIÓN](#)

ISSN 2683-2917

Vol. 3, núm. 2, marzo - junio 2022

<https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2022.3.2>



Esta obra está bajo una licencia
Creative Commons Atribución-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

Translation as a metaphor

<https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2022.3.2.209>

 **Diana Álvarez-Mejía**

Universidad Iberoamericana.

Departamento de Arte.

Colegio de Saberes

Reflexionar sobre el lenguaje siempre conduce a hablar sobre lo imposible que éste guarda. Aquello que se escapa de toda palabra y que, sin embargo, pareciera guardar el mundo entero: el habla, eso que otorga morada a la esencia de los mortales, según Heidegger. La lengua primera, la que señala y nombra: la primera traducción de la humanidad. En este sentido, ¿cuál sería el objetivo de la traducción, específicamente de obras literarias? Walter Benjamin ahondó en los misterios del lenguaje y la traducción

desde sus inicios, y Emmanuel Levinas –a pesar de no hablar, como tal, de la traducción en sus estudios sobre el lenguaje y la metáfora– llega a tener puntos de encuentro con el autor alemán. Para ambos, el lenguaje es mucho más que ser Adán y su poder de nombrar; en lo indecible que guarda cada palabra está el poder del lenguaje.

Walter Benjamin, en “La tarea del traductor” (1923), sostiene que la principal finalidad de la traducción es mantener el poder misterioso del lenguaje y no buscar como fin último las equivalencias o semejanzas entre el original y la traducción ya que, de otra manera, dicho fin sería puramente comunicativo y característico de una mala traducción. Para el autor, la traducción es, ante todo, una forma lingüística y, en tanto forma, la traducibilidad de ciertas obras debería ser esencial, es decir, una parte constitutiva de la obra.

La traducción –de obras literarias– no debe tener como objetivo hacer comprensible un texto para aquellos que no pueden acceder al original debido al idioma. Por el contrario, busca mantener el misterio del lenguaje, no la divulgación de éste.

Para Benjamin, la obra literaria no está pensada en función de su lector; la obra de arte, como menciona el autor, no está hecha para ser interpretada, ni busca mediadores. De igual manera, la traducción –de obras literarias– no debe tener como objetivo hacer comprensible un texto para aquellos que no pueden acceder al original debido al idioma. Por el contrario, la traducción busca mantener el misterio del lenguaje, no la divulgación de éste, ni su comprensibilidad, como lo sería cualquier otro texto informativo. Por lo tanto ¿la traducción debe ser, como la obra original, una obra única? La traducción, al no decir exactamente lo que dice el original, tiene cierta autenticidad; si la traducción fuera automática y buscara sólo las semejanzas, sería una mera reproducción, y Benjamin –atento a las modificaciones de la experiencia con la introducción de los automatismos– critica fuertemente estas reproducciones automáticas debido a que por ellas se llega a perder el aura de la obra. Si la finalidad de la traducción fuese encontrar equivalencias para el entendimiento del lector, caería en una función utilitaria y mercantil, y pasaría a ser un producto secundario, característico de nuestra sociedad en la que se busca dotar de sentido y utilidad todo lo que nos rodea. De ser así, ¿dónde quedaría la morada que tanto defendió Heidegger en el lenguaje y que es el origen del habla? Ese hablar poético que invoca, que no sólo nombra para titular, sino que llama a las cosas para ser cosas en el mundo, a morarlo y gestarlo.

La traducción, por ende, va más allá de la comunicación o de lo transmisible de un idioma a otro: “La traducción sirve para poner de relieve la íntima relación que guardan los idiomas entre sí.” No es la semejanza, sino la relación de las lenguas y, a su vez, la relación que cada idioma guarda con el lenguaje puro, es decir, el origen del lenguaje. Es por medio de la traducción que el original encuentra una expansión póstuma y renovada. Expandida en otra lengua, renovada por otro idioma. El texto, en la traducción, va más allá del autor y del propio lenguaje, es aquí donde encuentra su modificación y evolución. Es a partir de esta idea que Benjamin apunta a que la traducción debería ser considerada una forma lingüística, ya que, si no puede ser imitación, ni exclusivamente creación, tendría que ser una forma que deriva del original, el cual a su vez, encuentra en la traducción una especie de continuación, es decir, su supervivencia.

Por lo tanto, para Benjamin, un objetivo de la traducción es la supervivencia del texto original, un movimiento y un devenir constante, la extensión de la vida de la obra por medio de los cambios en el lenguaje, tanto históricos como en relación con otro idioma. De modo que en la traducción se hace patente el parentesco de los idiomas, pero no en función de la semejanza semántica, sino en un sentido supra histórico: “[...] en el hecho de que ninguno de ellos por separado, sin la totalidad de ambos, puede satisfacer recíprocamente sus intenciones, es decir, el propósito de llegar al lenguaje puro.” El lenguaje puro, como lenguaje originario y preexistente a todas las lenguas. El lenguaje que se sustrae de la esfera de lo referencial, es decir, que no busca significar, ni comunicar, sino que es la palabra tan creativa como inexpresiva y que cualquier palabra de otra lengua busca alcanzar. Por lo tanto, el parentesco supra histórico que se da entre dos lenguas recae en que, cada una, en su conjunto se refiere a lo mismo y, sin embargo, jamás será la totalidad de aquello que nombran, porque toda lengua es incompleta, pero apuntan a una misma intención:

llegar a ese lenguaje puro, al lenguaje primordial el cual está más allá de lo indicativo. Es la intención del lenguaje puro lo que devela la semejanza entre dos idiomas, ya que ambos –originados en éste– buscan la completitud por medio de la relación con el otro idioma, y por medio de esta relación –la traducción–, dan cuenta de que ambas lenguas están originadas a partir de un lenguaje que guarda todas ellas, el acontecimiento babélico, el lenguaje de la verdad como lo define Benjamin. La tarea del traductor, a diferencia del autor, no es encontrar la semejanza definitiva, ni tampoco, como tal, crear una obra nueva, sino encontrar en la lengua en que se traduce un eco del original y, a la vez, hallar el punto de encuentro entre ambos, que tienen como origen el lenguaje puro.

Este lenguaje puro es aquel que está en toda palabra, pero jamás podrá decirse del todo. Es lo intraducible que guarda relación entre un lenguaje y otro, y es por ello por lo que ninguna lengua es total, porque siempre hay algo intraducible (aunque semejante) entre lenguas.

Cada palabra guarda un contexto,
una estructura de pensamiento
que remite a un significado similar,
que no es igual en cada lengua.
Los significados de cada palabra están
abiertos a los cambios históricos
y culturales de cada idioma.

Lo entendido entre dos palabras puede ser lo mismo, mas no la forma de entenderlo; cada palabra guarda un contexto, una estructura de pensamiento que remite a un significado similar, que no es igual en cada lengua. Sin embargo, esta pulsión de nombrar es la pulsión primaria del lenguaje puro, y es a lo

que debe apuntar el traductor. Esta no totalidad en la traducción –en tanto que no es buscar equivalencias– muestra cómo cada lengua está sujeta a que los significados de cada palabra estén abiertos a los cambios históricos y culturales de cada idioma, por lo tanto, el lenguaje está vivo, siempre en un constante *decir* infinitivo, sin cierre.

En esta apertura yace la supervivencia del original, su evolución, y en cada traducción habrá que perseguir estos cambios, las modificaciones del lenguaje, las transformaciones de sentido: “(...) la mejor traducción está destinada a diluirse una y otra vez en el desarrollo de su propia lengua y a perecer como consecuencia de esta evolución.” La traducción no es la semejanza entre dos idiomas muertos, sino la experimentación de la maduración de la palabra extranjera. Benjamin afirma que habría que dejarnos violentar por la lengua extranjera para darle supervivencia al texto original, no para dominar, sino para apuntar hacia algo más –que sería dar cuenta del lenguaje puro– y, de esta forma, que la otra lengua advierta al traductor.

Ahora bien, en este mismo camino de pensamiento, Emmanuel Levinas coincide en varios puntos con esta concepción del lenguaje, sin embargo, él lo concreta en la metáfora, donde asegura que yace el alma del lenguaje: “El lenguaje es el hecho de lo que es pensado, este núcleo al que se apunta, significa; es decir, está ya superado en su fijeza; es en tanto algo otro; es por consiguiente, metáfora.” En esto, en tanto algo otro, aquí se muestra la relación entre dos lenguajes y la supervivencia del original que menciona Benjamin. La traducción, ese “en tanto algo otro” es la continuación del original, es su extensión. El original no se limita, o no debería limitarse, a su lenguaje. Aquí es donde Benjamin enfatiza la traducibilidad que deberían tener los textos, porque en ese “en tanto algo otro”, la obra puede seguir viva, más allá de su lengua y de su autor.

Esta es la tarea del traductor, buscar la relación entre dos lenguas que da muestra de que ambas vienen de un mismo lenguaje, pero que, en ese lenguaje puro, en lo intraducible, surge la posibilidad de la evolución. Esto que logra el movimiento de la lengua, eso imposible de transmitir, pero que está latente en toda lengua, es la “palabra creadora e inexpressiva, es lo que se piensa –en todos los idiomas– llega al fin, como mensaje de todo sentido y de toda intención, a un estrato en el que está destinado a extinguirse.” Extinguirse en tanto que está destinado a significarse todo el tiempo, significarse en tanto que es otro: “una significación surge en la otra por una verdadera participación, como si cada significación fuera perdiendo pelos en cierta manera, permitiendo que vayan desprendiéndose de ella otras significaciones.” Para Benjamin, cerrar estas significaciones es un peligro para el traductor, ya que lo condenarían al silencio. Si ya no hay nada más que decir, más que lo que ya se dijo, pero en otro idioma, ¿dónde está lo específico de cada lenguaje que extiende algo más allá de lo que ya dice el original? La libertad del traductor no es identificarse con el sentido original, sino reconstruir la manera de pensar del propio idioma, para que ambas formas puedan reconocerse como partes del lenguaje puro.

La libertad del traductor
no es identificarse con el sentido
original, sino reconstruir la manera
de pensar del propio idioma, para que
ambas formas puedan reconocerse
como partes del lenguaje puro.

Para Levinas, de igual manera, la metáfora tiene esa tarea: ir más allá de lo que ya se sabe en la palabra primera, la metáfora –así como la traducción– no consiste en encontrar un equivalente en las palabras; para el autor habría que encontrar en la metáfora un

plus milagroso: “Levanta su tono, lo depura y lo sublima, le deja ciertamente su contenido inicial, pero lo transfigura.” Este plus, sería lo que para Benjamin es la supervivencia, Levinas lo halla en la metáfora que, para el autor, es una de las bases del lenguaje y que Benjamin incita a encontrar en la traducción. De ser así, ¿la traducción, en tanto forma lingüística, sería cercana a la metáfora?

Para Levinas, el acercamiento metafórico pretende traer algo nuevo al pensamiento que se entrega a él, que se deja violentar por él: “llevarlo más lejos o hacerle entender más de lo que entendía al principio.” Por lo tanto, tal vez la semejanza, más que ser una novedad, sería un efecto de la metáfora al ser ésta constitutiva del lenguaje. De ahí que en la metáfora –o en el caso de Benjamin, la traducción– siempre exista como resultado algo más allá del original, un nuevo pensamiento, una elevación semántica.

La traducción, pensada como metáfora, da lugar a nuevas construcciones en el lenguaje, es decir, órdenes diferentes de realidad que se suman para crear la evolución del texto original. Para Levinas, las palabras que nos construyen y que forman nuestra realidad son el efecto de innumerables mutaciones metafóricas de la historia, evoluciones que muchas veces damos por sentado, con la impresión de que son términos en sentido literal. Es esta característica una de las que Benjamin invita a mostrar en la traducción:

Lo que en un autor ha sido quizás una tendencia de su lenguaje literario, puede haber caído en desuso, ya que las formas creadas pueden dar origen a nuevas tendencias inmanentes (...) Perseguir lo esencial de estos cambios, así como de las transformaciones constantes del sentido, en la subjetividad de lo nacido ulteriormente, en vez de buscarlo en la vida misma del lenguaje y de sus obras –aun admitiendo el psicologismo más riguroso– significaría confundir el principio y la

esencia de una cosa o, dicho con más exactitud, sería negar uno de los procesos históricos más grandiosos y fecundos de la fuerza primaria del pensamiento.

Es aquí donde recae en gran medida la evolución, la supervivencia del texto original en la traducción, porque la palabra del escritor sobrevive en el idioma de ésta; y la traducción, en tanto extensión del original, está destinada a diluirse en la evolución de su propia lengua, y aquí yace lo constitutivo de las lenguas: no son estáticas y, por ende, nunca serán definitivas ni totales, sino que siempre estarán en movimiento, aspirando a llegar al lenguaje puro que preexiste a todas ellas.

En cada lengua hay algo indecible y, por lo tanto, intraducible, eso que guarda cada lengua y a la que aspira a llegar el traductor: “la traducción se alumbra en la eterna supervivencia de las obras y en el infinito renacer de las lenguas (...) la traducción no es sino un procedimiento transitorio y provisional para interpretar lo que tiene de singular cada lengua.” Por lo tanto, la traducción jamás podría llegar a ser total: si fuera total sería puramente comunicativa; la traducción apunta al movimiento y los cambios que conlleva, es un pensar reflexivo sobre el lenguaje, ir no sólo a la palabra exacta –que ni si quiera existe–, sino a todo aquello que puede ser indecible; tal como menciona Levinas sobre la metáfora: “Se trata de retorcerle el pescuezo a la elocuencia, de desinflar las ampulósidades de unos signos separados de las cosas, de desbaratar el prestigio de las palabras para ir a las cosas mismas.” Por ello mismo, al traducir no se debe pensar sólo en la equivalencia semántica de la palabra, sino en aquello que está más allá de la palabra y tiene relación con lo que el traductor quiere enunciar. No son las homologías, sino el presentimiento que guarda cada lenguaje de que hay un lenguaje puro al cual se puede aspirar; que fuera de nombrar o señalar, evoca, como afirma Heidegger: el origen del habla es

un hacer presencia donde había ausencia. Llamar a la cosa “a un aquí” que se configura en el momento en que se llama, una presencia invocada; a esto debe apuntar la traducción, no a una instrumentalización del lenguaje o una función indicativa –que sí es constitutivo del lenguaje, pero la traducción no debe atender eso, lo cual vendrá después– sino al origen invocativo del habla, que lo que nombramos habite nuestro mundo.

Ahora bien, para Levinas, la metáfora en tanto supone otro orden de significación, busca –así como la traducción para Benjamin– algo distinto a la comprensión; con esta no comprensión ambos dan cuenta de que no buscan dominar al otro, al original en la traducción, o a la palabra primera en la metáfora. Es un no encontrar al otro en uno mismo, es “estar puesto en cuestión de él.” En ese punto yace la ética hacia el otro; y Benjamin, a pesar de no mencionarlo textualmente, lo deja entrever en varios puntos en los que afirma que un error fundamental en algunas traducciones es que “tienen un mayor respeto por los usos de su propia lengua que por el espíritu de la obra extranjera.” No en vano invita a que el traductor se deje sacudir por la violencia de la lengua extranjera. Para Benjamin, la verdadera fidelidad que debe tener el traductor es emancipar –por medio del lenguaje propio– a la lengua extranjera, por amor al lenguaje puro; es decir, rescatar ese lenguaje puro confinado. Por consiguiente, hay una responsabilidad con algo más que lo propio, no se trata de adueñarse del texto original para hacerlo suyo en el idioma propio, sino liberarlo; la responsabilidad es con otro, responsabilidad que Levinas deja claro en la metáfora, donde el Yo –la lengua propia– es solidario del no-yo –la lengua extranjera– como si toda la suerte de este otro estuviera en las manos del yo: “La puesta en cuestión del Yo por Otro se precisa a su vez como un requerimiento a responder” ; y no es que esté obligado el Yo a responder, sino que su posición misma es de responsabilidad. El Otro, por lo tanto, provoca un movimiento ético en

la conciencia y esta responsabilidad es un incremento inasimilable. Esta vinculación para Levinas es el infinito, y tanto Benjamin como Levinas dejan claro que en la traducción y en la metáfora, hay algo de infinito. Infinito en tanto constante, en tanto una búsqueda implacable del lenguaje puro, infinito al no buscar equivalencias explicables y totales. No hay completitud, ni la habrá, pero se aspira a ella sólo en relación con el Otro. Y para Levinas, la idea de lo infinito es la metáfora por excelencia; y ésta consiste, paradójicamente, en pensar más de lo que está pensado, en dar lugar –como captable– a lo incaptable, sin quitarle ese estatuto, en saber que hay algo indecible –del lenguaje– algo que está, pero que nunca se sabrá. Por ende, tanto en la traducción como en la metáfora, existe una significación ética o, al menos, a eso debería apuntar.

Lo peligroso de la fragmentación de las lenguas que tiene su origen en el lenguaje puro es la búsqueda, propia de la modernidad, de encontrar esa falsa convergencia de todas en un lenguaje único, donde se estanquen, se frenen y se sometan.

Finalmente, si en la traducción se buscara la equivalencia entre las palabras, se caería en una búsqueda de totalidad, y no de libertad; y en esta totalidad no se le daría un lugar a la diferencia, a lo intraducible de la lengua extranjera, su característica principal como otro. Se erradicaría toda posibilidad, toda libertad, toda alteridad: una apropiación de lo otro a lo propio. La traducción es la trasposición de una lengua mediante otra, la creación de espacios de continua transformación y no de igualdad. Es por lo que Benjamin busca –en la traducción– dejar de afirmar que todo es información, conceptos equivalentes, eso es sólo ruido; lo propio de la verdad es que es imparafraseable.

Es por ello que lo peligroso de la fragmentación de las lenguas que tiene su origen en el lenguaje puro, no es lo irreconciliable entre ellas –en tanto que cada una guarda algo intraducible para la otra– sino la búsqueda, propia de la modernidad, de encontrar esa falsa convergencia de todas en un lenguaje único, donde se estanquen, se frenen y se sometan; el buscar despojarlas de la posibilidad de guardar lo intraducible de cada una sería buscar esa totalidad utilitaria y administrada que Benjamin critica, la traducción debe evitar crear una nueva lengua, con fines instrumentales: debe dar lugar a la diferencia de cada lengua... Si es que eso es posible en nuestro futuro como sociedad administrada. —

Referencias

- Benjamin, Walter. “La tarea del traductor.” En *Angelus novus*, traducido por H. A. Maurena, 127-143. Barcelona: Edhasa, 1971.
- Levinas, Emmanuel. “La metáfora.” En *Escritos Inéditos 2: Palabra y silencio y otros escritos*, editado por Rodolphe Calin y Catherine Chalier, traducido por Miguel García-Baró y Mercedes Huarte, 209-222. Madrid: Editorial Trotta, 2015.